

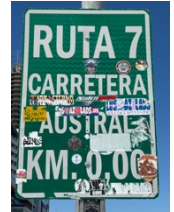
Tres Valentines, Una Carretera Inolvidable – Carretera Austral, Parte I.

Después de salir de Gran Chiloé, regresamos a Puerto Montt con la sensación de que la tan esperada aventura estaba a punto de comenzar.

"¿A punto de comenzar?" te puedes preguntar. Bueno, aunque sabíamos desde el momento en que pusimos un pie en Cartagena que este viaje sería una aventura, la Carretera Austral traía una expectativa diferente. Quizá por ser un sitio tan remoto. Quizá fue porque construimos a Taco Libre específicamente para ir a los tramos difíciles de alcanzar de esta legendaria carretera. Sea lo que sea, llamaba a nuestro espíritu aventurero de una manera diferente.

Así que seguimos adelante. Mira nuestro video "Onward" en el canal de YouTube y el enlace abajo incluido.

Desde el kilómetro cero de la Ruta 7, la Carretera Austral "La Carretera" manejamos para coger nuestro primer ferry en La Arena. Cruzamos hasta Caleta Puelche, un viaje corto pero simbólico, ya que era nuestro primer viaje en ferry en La Carretera.



En Puelche, nos desviamos del camino asfaltado de La Carretera, que poco a poco se fue haciendo más estrecho, tranquilo y polvoriento, mientras el agua permanecía a nuestra izquierda hasta llegar a Cochamó. Allí acampamos en un pequeño y bien cuidado campamento donde caballos, cabras y ovejas paseaban libremente, completamente ajenos a los visitantes y muy disciplinados. El campamento también contaba con dos pastores alemanes hermosos y extremadamente bien educados. Parecían actuar como guardianes del campamento, vigilando en silencio sin molestarnos.

Tras una noche tranquila, regresamos a La Carretera y continuamos hacia el sur en dirección a Hornopirén. Llegar allí fue como llegar a un umbral. No porque fuera complicado, sino porque fue el primer lugar donde no pudimos conseguir las boletas de ferry, y la vida nos redirigió hacia Chiloé.

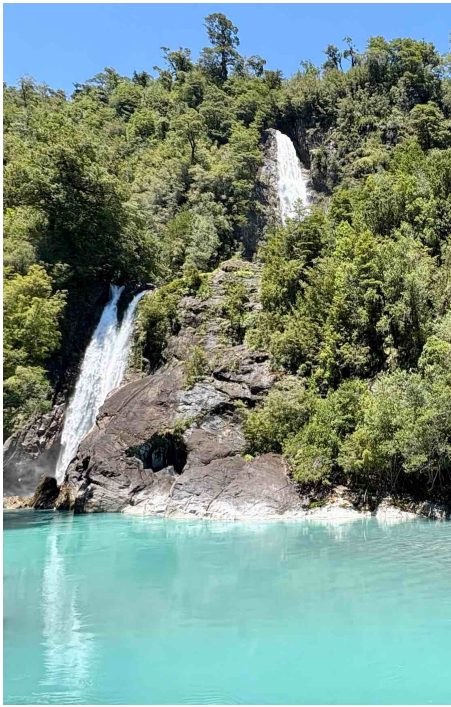


Apreciando la lección de la vida, nos quedamos en un campamento cerca del pueblo por dos días completos. Tiempo suficiente para montar las hamacas en los árboles y recoger leña del bosque para una fogata. Durante nuestra primera noche, hicimos un nuevo amigo... Valentín. Mientras prendíamos la fogata, un niño chileno de 5 años corrió preguntándole a Scott: "¿Te puedo ayudar?" ¡Y eso hizo! Añadió más leña y papel de su cuaderno al fuego. Poco después, su hermana y su amiga Emilia también se acercaron. Nos recordó a los niños que conocimos en Colombia, que eran tan curiosos y deseosos de conocer a desconocidos.

A la mañana siguiente, Valentín volvió y se sentía como en su casa o "en su campamento". Le fascinaba el Taco Libre y quería dormir algún día en una carpa encima de un auto. Fue uno de esos pequeños encuentros que se quedan contigo. Mafe aprovechó para leerle uno de sus próximos cuentos infantiles.



Ese día, hicimos senderismo hasta Río Blanco en el Parque Nacional Hornopirén. Valentín quería ir con nosotros, pero sus padres sabiamente dijeron que no. El sendero es de 10 kilómetros ida y vuelta, más un corto trayecto en carro desde el campamento. Valentín sugirió encontrarnos en la cascada.



El sendero en Hornopirén serpentea a través de un denso bosque y sigue el Río Blanco hacia arriba. La caminata conduce a una serie de cascadas, con agua cristalina, de un intenso color turquesa verdoso, alimentadas por el único glaciar de esta zona, el Glaciar del Río Blanco, situado junto a un grupo de picos montañosos con el apodo de "Siete Cabezas".

Nos encontramos con Valentín y su familia en el sendero. Estaba encantado de que su idea de encontrarnos en el parque hubiera funcionado. Al volver al campamento, encontramos tres dibujos encima de TL de Valentín. Esa noche, Valentín regresó una vez más, pidiéndole a Mafe que leyera otro cuento. También aprendimos de él que en Chile, "onces" significa comida, no un snack como en Colombia – un pequeño recordatorio de cómo el idioma cambia a través de las fronteras.

Al día siguiente, cogimos el ferry de Hornopirén a Caleta Gonzalo, un viaje que puede durar entre cuatro y seis horas, dependiendo totalmente de la suerte. El cruce requiere un segundo ferry, y es durante este traslado cuando se llega al Parque Nacional Douglas Tompkins, nombrado en honor al cofundador de The North Face y un importante conservacionista.

El primer tramo en el ferry es más que un medio de transporte, es una experiencia. El agua está rodeada por altas montañas verdes, cuyas laderas están decoradas con cascadas que aparecen y desaparecen a medida que las nubes pasan. En verano, hay una salida a las 6 de la tarde y se siente como ir a un espectáculo de luces. A medida que el sol se empieza a ocultar, la luz sigue cambiando y transformando el paisaje.



La vida a bordo continuó sin interrupciones. Los tripulantes repararon y pintaron partes del ferry a mitad de la travesía. Y otra observación: los carros son guiados hacia abajo por una plataforma inferior. Literalmente manejas como si fueras bajo tierra en el ferry, por suerte, ¡no bajo el agua!

Tras desembarcar en el Parque Nacional Douglas Tompkins, solo fueron unos diez minutos manejando para llegar al segundo ferry. Este es más pequeño, con capacidad aproximadamente de la mitad de la carga del primero. Estábamos cerca del principio de la fila y pensábamos que lo tomaríamos, pero sin ninguna razón aparente, al menos ninguna que pudiéramos ver, los trabajadores del ferry embarcaron a otros carros y nos dejaron atrás.

Y así, con solo dos carros adelante de nosotros, nuestro cruce de cuatro horas se convirtió en uno de seis horas.

Ahí fue cuando caímos en cuenta que esta aventura marca su propio ritmo. Esperamos y, finalmente, el ferry vino a por nosotros. Este segundo cruce sí se sintió como un puro medio de transporte, llevándonos a través de la oscuridad hacia Caleta Gonzalo. Llegamos cerca de la 1 de la madrugada, cansados y bajo la lluvia... ¡Condiciones óptimas para encontrar un lugar para acampar, y lo hicimos!



Después de pasar la noche cerca del ferry, continuamos hacia el sur en dirección a Chaitén, donde conocimos a Sonny, un viajero de Michigan que lleva tres años en la carretera. Chaitén también nos presentó algo completamente nuevo: la nalca. No debe confundirse con "nalga". Nalca es una planta gigante silvestre similar al ruibarbo originaria del sur de Chile, con hojas enormes y gruesos tallos comestibles que crecen abundantemente a lo largo de la carretera. Los locales lo usan tanto en platos salados como dulces, y pronto entendimos por qué. Probamos un nalca sour, un toque regional de pisco sour y un postre a base de nalca, ambos refrescantemente ácidos. Inspirado, Scott recogió algunos tallos al borde de la carretera para intentar recrear el cóctel él mismo.

Seguimos bajando y pronto quedamos hipnotizados por el Ventisquero El Trono, un glaciar que no habíamos planeado visitar. Las nubes se deslizaban por su cara, el viento cambiando luz y sombra, transformando la montaña momento a momento. Nos quedamos viendo cómo el glaciar cambiaba hasta que cayó la noche, y acampamos a unos 100 metros de un río en una pista de aviones abandonada.

A la mañana siguiente, nos encontramos con una pareja americana en sus bicicletas – llevaban en bici desde junio del 2024 (sí, 2024, no es un error tipográfico), llevaban 19 meses en la carretera desde Alaska hasta la Patagonia y se dirigían a Ushuaia...

Sí, emocionante, pero volviendo a nuestro cómodo Taco Libre motorizado... continuamos con TL hacia Futaleufú, un pueblo montañoso donde la mayoría de las casas parecen cabañas de madera, rodeadas de altos picos, ríos y lagos. La gente local describe al pueblo como "un paisaje pintado por Dios."

Exploramos los alrededores del pueblo: las altas montañas se alzan tan juntas en algunos puntos que la carretera casi parece un túnel excavado entre verde y piedra con sus altos picos, y a través del pueblo y los alrededores fluye el río Futaleufú.



Por supuesto, tuvimos que hacer rafting en este hermoso río. El día estaba nublado y lluvioso, y al principio sentimos un poco de decepción. Entonces pensamos: de todas formas vamos a estar horas en el río, si alguna vez hubo un día para estar mojados y fríos, era ese.

Después de salir de Futaleufú, notamos algo interesante. En el desierto de Atacama, cada giro provocaba una reacción audible. WOW. WOW. WOW. Todo era nuevo, extremo, irreal. La Patagonia seguía siendo hermosa, pero nuestras reacciones se habían suavizado. No nos malinterpretés, seguíamos asombrados, pero el efecto WOW había desaparecido. Quizá porque las montañas verdes, frondosas y cubiertas de nieve no eran nuevas para nosotros.



Y de repente, volvió el WOW cuando empezamos a ir hacia Puyuhuapi.

Cada giro exigía atención. Las cumbres se alzaban bruscamente, una tras otra, cada una con su propia forma, color y carácter. Los glaciares aparecían inesperadamente. Lo que más destacaba no era solo el contraste de colores, sino también de formas. Las montañas redondas junto a picos extremos, junto a montañas en forma de triángulo. Parecía que el paisaje mostraba deliberadamente su creatividad artística y de geometría.

Parábamos constantemente a tomar fotos, a volar el dron cuando podíamos. Y aun así, nada capturaba lo que se sentía al estar allí.

Acampamos cerca de Puyuhuapi y pasamos la tarde en el Parque Nacional Queulat. Hicimos senderismo para ver el Ventisquero Colgante de Queulat, dimos un paseo en lancha por la Laguna Témpanos para ver las cascadas de cerca y luego nos unimos a un tour en barco mar adentro. Uno de esos días raros en los que todo encaja. Pingüinos, cóndores, dos tipos de delfines, un león marino y un glaciar visto desde dos cuerpos de agua diferentes. Puedes verlo todo en nuestro vídeo de YouTube, “Queulat y Puyuhuapi”.

Hicimos una breve parada en Coyhaique, un pueblo relativamente grande para la Patagonia, y luego comenzamos nuestro viaje hacia Cerro Castillo. Según Google Maps, tres horas. En realidad, más cerca de siete. No porque el GPS estuviera equivocado, sino porque no podíamos dejar de parar. Otra mirada. Otra foto. Otro momento tranquilo de asombro. “¿Vale la pena grabar esto con el drón?” ¡Por supuesto, cada giro lo era!

Sin duda La Carretera no solo ofrecía paisajes, estaba cambiando la forma en que nos movíamos a través de ella. Más despacio. Más atentos. Menos conectados al reloj. Como dijo alguien una vez, “quienes se apresuran en la Patagonia están perdiendo el tiempo.”

Al acercarnos a Cerro Castillo, la montaña que da nombre al pueblo se reveló. Empinado e imponente, un castillo de piedra que sale directamente desde la tierra.





Nos acomodamos, comimos y esperamos al atardecer para salir a buscar huemules, el animal nacional de Chile. Con suerte, dos huemules cruzaron la carretera para unirse a un tercero justo al otro lado. Con tan solo unos 1,500 en la región, ver tres fue un regalo.

Al día siguiente, continuamos hacia Puerto Río Tranquilo. Una vez más, un viaje "fácil" de tres horas se alargó hasta siete, y ni siquiera llegamos. Poco después de salir de Cerro Castillo, aparecieron tres cóndores, que volaban alto sobre las montañas. Giraban en círculos sin esfuerzo, a veces bajando, sus movimientos tan sincronizados que parecían coreografiados. Tuvimos que parar a verlos, porque parecía que el espectáculo era solo para nosotros.

En menos de 24 horas, habíamos visto a los dos animales nacionales de Chile, el huemul y el cóndor. Nos desviamos de la ruta directa y tomamos caminos destapados. La recompensa fue ríos color turquesa, picos dramáticos y un silencio increíble. Cuando llegó el atardecer, paramos en Puerto Ingeniero Ibáñez para pasar la noche.

A la mañana siguiente, continuamos hacia Río Tranquilo. Al acercarnos, el Lago General Carrera apareció a la vista, no sin antes ver otro grupo de cóndores aterrizando para las "onces". La oveja era el plato principal. El Lago General Carrera es el lago más grande de Chile y el segundo más grande de Sudamérica, y en él se encuentran las famosas Cuevas de Mármol. El agua brilla con tonos caribeños de azul y verde – a veces parece como si tuviera los siete colores del mar de San Andrés en Colombia.

Se pronosticó lluvia para el día siguiente, pero cuando llegamos el cielo estaba despejado. Nos dirigimos a Bahía Mansas, encontramos kayaks para alquilar y pronto empezamos a remar hacia las cuevas. Las formaciones de mármol se elevan directamente desde el lago, las cuales se han formado durante miles de años por sedimentos y minerales.



Fuimos al Parque Nacional San Rafael para hacer senderismo y apreciar el Glaciar Exploradores. El sendero atraviesa el bosque, guiado por el sonido del río, hasta que aparece el glaciar. También podíamos oír el glaciar moverse, el hielo crujiendo y haciendo ruidos extraños mientras caminábamos. Si miras bien, ves rayas azules dentro del hielo. En días despejados puedes ver el Cerro San Valentín, la montaña más alta de la Patagonia chilena, a 4.058 metros. Ese día, jugó a las escondidas con las nubes y solo nos dejó echarle un vistazo momentáneo.

A la mañana siguiente, nos preparamos para salir de la Carretera Austral por un tiempo, haciendo un desvío hacia Chile Chico y la Patagonia argentina, con planes de regresar en aproximadamente mes y medio para terminar la ruta de La Carretera.

Justo después de desviarse de La Carretera, cerca del puente sobre el lago General Carrera, el Cerro San Valentín apareció en todo su esplendor. Un último regalo de la Carretera Austral, recordándonos que esto no era un final, solo una pausa en la Ruta 7. Y la realización de que quizá por eso el nombre Valentín seguía volviendo: Valentín junto a la fogata, recordándonos la curiosidad y la conexión; El Cerro San Valentín, que se eleva de la piedra, nos recuerda que la belleza existe tanto en las nubes como en el sol, que la naturaleza no necesita condiciones perfectas para ser extraordinaria; ¿y el tercer Valentín? no en la carretera, pero al principio – fue el primo de Mafe, Valentín, quien inició esto y nos hizo darnos cuenta de que había sido un sueño compartido durante mucho tiempo. Tres Valentines. Tres recordatorios... algunos encuentros le dan forma al viaje, y otros son la razón por la que se empieza.

